

La batalla que redefinirá a Colombia

Antonio De La Cruz
Director Ejecutivo
2/Jun/2026

La segunda vuelta entre Abelardo de la Espriella e Iván Cepeda no es simplemente una elección presidencial. Es una prueba de estrés para la democracia colombiana.

Las democracias rara vez colapsan en un solo instante dramático.

Más a menudo llegan a una encrucijada: elecciones que no solo enfrentan programas políticos, sino visiones incompatibles de la realidad. En esos momentos, los candidatos dejan de ser simples aspirantes al poder y se convierten en vehículos de ansiedades más profundas. Las instituciones pasan de ser árbitros incuestionados a objetos de sospecha. Y los adversarios políticos dejan de percibirse como competidores legítimos para convertirse en amenazas existenciales.

Colombia ha entrado en uno de esos momentos.

La segunda vuelta presidencial entre Abelardo de la Espriella e Iván Cepeda ha sido presentada como una contienda tradicional entre derecha e izquierda. Esa lectura resulta insuficiente. Lo que está en juego no es, en esencia, un debate ideológico, sino una disputa por la legitimidad del sistema político.

Durante más de tres décadas, Colombia ocupó una posición singular en América Latina. A pesar de la violencia, la desigualdad y el conflicto armado, logró preservar algo que muchos de sus vecinos perdieron: una confianza básica en sus instituciones democráticas. Los gobiernos cambiaban, las coaliciones se reconfiguraban, los liderazgos emergían y desaparecían. Sin embargo, el sistema se mantenía.

Hoy, esa premisa está bajo presión.

El gobierno de Gustavo Petro ha alterado la dinámica política del país más allá de las diferencias programáticas habituales. Para sus partidarios, representa una corrección histórica frente a élites que monopolizaron el poder durante décadas. Para sus críticos, encarna una tendencia hacia la concentración de poder y la erosión de los contrapesos institucionales.

Más allá de estas interpretaciones contrapuestas, el resultado es inequívoco: la polarización se ha convertido en el eje organizador de la vida pública.

Cuando una sociedad alcanza ese nivel de fragmentación, las elecciones dejan de ser mecanismos para seleccionar gobiernos y pasan a funcionar como instrumentos para dirimir conflictos culturales, identitarios y políticos más profundos.

Ese contexto ayuda a explicar el ascenso de Abelardo de la Espriella.

Los marcos analíticos tradicionales tienen dificultades para interpretar su crecimiento porque siguen anclados en una lógica política que está en retirada. Presuponen que los partidos continúan siendo los principales canales de representación y que las estructuras organizativas pesan más que las figuras individuales. Esa premisa es cada vez menos cierta.

Desde Estados Unidos hasta Europa y América Latina, una proporción creciente de ciudadanos ha comenzado a depositar su confianza en líderes que prometen confrontación, ruptura y acción directa, antes que en maquinarias partidistas consolidadas. Colombia no es una excepción.

Durante años, la centroderecha colombiana se articuló en torno a partidos, instituciones y el legado político de Álvaro Uribe. Sin embargo, la primera vuelta reveló un cambio que buena parte del establecimiento no supo anticipar: el electorado ya había mutado.

Millones de votantes que antes se identificaban con estructuras tradicionales optaron por respaldar a un candidato que no se presentó como representante de un partido, sino como la expresión de una reacción social. Su fuerza es menos ideológica que emocional. Canaliza el desgaste acumulado frente al deterioro de la seguridad, la incertidumbre económica, la expansión burocrática y la sensación de un país atrapado en una confrontación permanente.

Pero la elección también se define por lo que representa Iván Cepeda.

Cepeda no llega únicamente con su trayectoria política. Encapsula la continuidad del proyecto iniciado por Gustavo Petro. Para sus seguidores, ofrece la posibilidad de profundizar transformaciones sociales largamente postergadas. Para sus detractores, simboliza la consolidación de un modelo que perciben como responsable del debilitamiento institucional.

Esa divergencia explica por qué la contienda ha dejado de centrarse exclusivamente en la captura de votos. Ambos candidatos compiten, en realidad, por el reconocimiento de su legitimidad.

El clima político se tensó aún más cuando el presidente Petro cuestionó públicamente aspectos del proceso electoral y sugirió posibles irregularidades en los sistemas de registro y conteo de votos. Independientemente de la veracidad de esas afirmaciones, su impacto es significativo: contribuyen a desplazar el foco del debate desde las propuestas hacia la confianza en las reglas del juego.

Cuando esa confianza comienza a erosionarse, emergen preguntas más fundamentales que cualquier plataforma de gobierno:

¿Quién gana realmente una elección?

¿Quién valida el resultado?

¿Quién define la legitimidad política?

¿Quién habla en nombre de la nación?

Estas interrogantes han atravesado recientemente a varias democracias occidentales. Hoy forman parte del debate colombiano.

Para Washington, Bruselas y otras capitales democráticas, esta elección trasciende las fronteras nacionales. Colombia sigue siendo un socio estratégico clave en América Latina en materia de seguridad, lucha contra el narcotráfico, migración, energía y cooperación institucional.

Una Colombia estable refuerza el equilibrio regional. Una Colombia atrapada en la desconfianza lo debilita.

Por eso, lo que está en juego va más allá de quién ocupe la presidencia. La cuestión central es si las instituciones colombianas conservan la capacidad de procesar una transformación política profunda sin perder su credibilidad ante la ciudadanía.

Todas las democracias enfrentan, tarde o temprano, esa prueba.

Colombia ha llegado a la suya.

El resultado no solo definirá al próximo presidente. Determinará si las instituciones continúan siendo el árbitro del sistema político o si pasan a convertirse en un actor más dentro de la contienda.

De esa respuesta dependerá no solo el rumbo del país, sino también la estabilidad democrática de una de las naciones más decisivas de América Latina.